

Vestigios de la Barcelona romana en la Plaza del Rey

POR A. DURÁN Y SANPERE

Con frecuencia se han hecho descubrimientos arqueológicos en el interior de la ciudad de Barcelona. Edificado su núcleo más antiguo encima de las ruinas de la colonia romana, cualquier desmonte que en ese perímetro se realice puede descubrir vestigios de construcciones romanas : mosaicos, inscripciones, fragmentos escultóricos o arquitectónicos. Así, de hecho, ha sucedido, con lo cual se fué formando por acumulación, en la iglesia de Santa Agueda, el depósito que se llamó Museo Provincial Arqueológico, de donde salieron la mayor parte de los elementos que figuran ahora, noblemente instalados, en el Museo Arqueológico de Barcelona.

Los descubrimientos primitivos no dieron lugar a otros estudios sistemáticos del emplazamiento de antiguos monumentos que los realizados, con relación al templo y a las murallas, hacia 1840, por el arquitecto don Antonio Celles, bajo la protección de la Real Junta de Comercio; en los demás casos, lo único que se procuró, cuando se llegó a tanto, fué recoger las piedras mejor conservadas y llevarlas al Museo, y ello gracias al entusiasmo de la Real Academia de Buenas Letras primero, y luego, también, al de la Comisión Provincial de Monumentos.

El hecho de haber dado lugar la Plaza del Rey a unas excavaciones metódicas que han permitido el estudio directo de un gran número de problemas locales de arqueología romana, y la conservación *in situ* de los restos urbanos descubiertos, señala un cambio radical en la orientación de los trabajos, que bien merece una explicación.

Creado el Archivo Histórico de la Ciudad en 1917, el Ayuntamiento de Barcelona le hizo encargo de promover toda clase de investigaciones históricas relacionadas con la ciudad, ya fuesen documentales, bibliográficas o arqueológicas. El que subscribe, Director de aquella Institución, en cuanto vió organizado el Archivo documental y puesta la base de los Archivos gráfico y bibliográfico, pudo prestar atención a problemas arqueológicos

que, de vez en cuando y al azar de obras de urbanización, se fueron presentando.

En 1920 se localizaron algunos sepulcros cristianos ya tardíos en un patio de la Riera de San Juan, en donde había estado levantada la iglesia de Santa Marta; en 1928 se señalaron restos de habitaciones romanas en la calle de la Palma de San Justo, de las cuales pudo extraerse un mosaico que figura en el Museo Arqueológico. En la montaña de Montjuich, cerca del emplazamiento del Estadio, se excavaron en 1929 algunos silos sepulcrales ibero romanos; otros silos de la misma época se estudiaron en el paso del ferrocarril de Magoria y en la parte alta de la montaña, en 1931.

Unas obras de restauración realizadas en la Casa del Arcediano se aprovecharon para el estudio del subsuelo y de las murallas, estudio que pudo hacerse extensivo a la Plaza Nueva y a la Plaza de la Catedral. En otras ocasiones se comprobó la existencia de una colectora romana debajo de las iglesias de San Justo y de la Esperanza, la cual había sido considerada con anterioridad como resto de catacumbas cristianas. También se hallaron vestigios de habitaciones romanas en la calle de Templarios, en el lugar destinado a ampliación de la Casa de la Ciudad.

Sin perjuicio de referirnos a los resultados obtenidos en alguno de los trabajos anteriormente citados, vamos a tratar preferentemente de las excavaciones en la Plaza del Rey y del sector de la muralla romana que le corresponde por el lado de la Plaza de Berenguer el Grande.

El Ayuntamiento de Barcelona, en la euforia de los preparativos para la Exposición Internacional, quiso, en el año 1929, dar unidad monumental a la Plaza del Rey, quitándole el único edificio moderno y sin carácter que ocupaba su frente sur.

Se derribó, en efecto, el edificio, y se pudo apreciar entonces que con la ampliación, no sólo perdía la plaza la intimidad que constituía su carácter, sino que las modernas construcciones de la vía Layetana aparecían por encima de los edificios antiguos que circuían la plaza y la desvirtuaban. Buscóse entonces remedio al mal, que no podía ser otro que cerrar de nuevo el boquete abierto, procurando que el edificio que se elevase tuviese el carácter conveniente.

Ocurría entonces que un edificio de la vecina calle de Mercaders, la Casa Padellás, afectado por las líneas de la nueva urbanización, debía ser derribado. Ello produjo una protesta de los entendidos y del público en general, por tratarse de una casa muy representativa, de las que en el siglo XVI construían en la ciudad los grandes mercaderes y los nobles. Y como fuese que la casa de la calle de Mercaders tenía aproximadamente una superficie de las dimensiones del patio que había quedado libre en la Plaza del Rey, fué acordado montarla allí, con lo que se consiguieron varias

ventajas : salvar el edificio, aunque haciéndole sufrir un desplazamiento restituir a la Plaza del Rey el aspecto de unidad y poder el Ayuntamiento disponer en ella de un edificio.

Mientras tanto había quedado en la Plaza del Rey, junto a la muralla romana y en su parte interior, un espacio libre, cuyo subsuelo podía guardar vestigios de construcciones romanas, aunque fuese de esperar que se hallasen muy mutilados a causa de las construcciones modernas que allí se habían ido sucediendo.

Aprovechando esta coyuntura, la Dirección del Archivo Histórico expuso al Ayuntamiento la conveniencia de proceder, antes de iniciar las obras de reconstrucción de la Casa Padellás, el desmonte cuidadoso del terreno, para ver si algo de lo antiguo había quedado salvado.

De momento, la proposición no halló muy buena acogida y se empezaron a abrir las zanjas para los cimientos de las paredes. Pero quiso la casualidad que a los pocos días (8 de enero de 1931), los obreros tropezasen con un ánfora romana íntegra, que fué señal convincente de otros posibles hallazgos (fig. 1). El Archivo Histórico intervino desde entonces al lado de los arquitectos en las excavaciones necesarias para la reconstrucción de la Casa Padellás en la Plaza del Rey; recogió cuidadosamente los fragmentos de cerámica que iban apareciendo; señaló cuáles eran las paredes modernas que debían desaparecer y cuáles las antiguas que era necesario conservar, y obtuvo, por fin, que el arquitecto municipal don Joaquín Vilaseca se decidiese a reconstruir el edificio de la calle de Mercaders sobre pilares y vigas armadas que opusiesen el menor obstáculo posible a la libre circulación entre los vestigios romanos que iban apareciendo.

Los trabajos pudieron ir continuando con mayor libertad y sin otros inconvenientes que los largos períodos inactivos provocados por dificultades administrativas o por causas políticas, los cuales ponían en grave riesgo la conservación de la labor realizada y la unidad de su prosecución.

Tal como habíamos supuesto, el estado de los vestigios romanos era

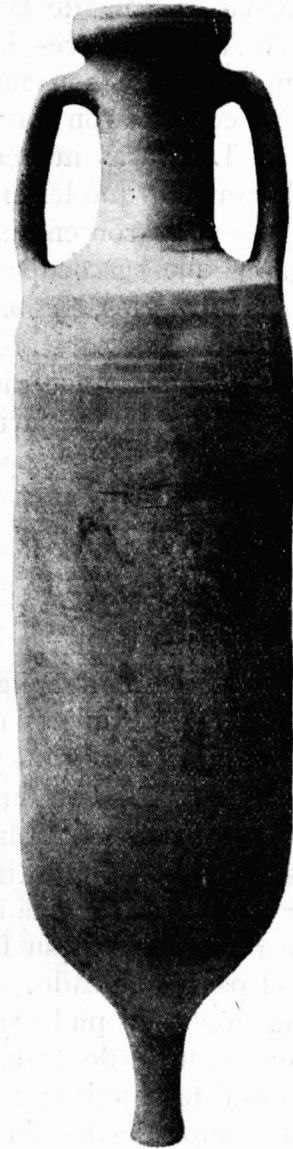


Fig. 1. Anfora hallada íntegra al iniciarse los trabajos de excavación.

muy deficiente. Las construcciones modernas habían ahondado sus cimientos hasta dar con suelo fuerte, atravesando todo el grueso de las tierras acumuladas encima de las ruinas romanas, y aun estas mismas ruinas. Por suerte, algunas veces, las paredes modernas vinieron a coincidir más o menos completamente con muros romanos que ahorraron nueva cimentación, y así se conservaron hasta una altura que de otro modo no sería explicable.

Las casas modernas estaban adosadas a la parte interior de la muralla romana que les sirvió de deslinde de propiedad con las casas que también se apoyaron en las murallas por su parte exterior. Unas y otras dieron lugar a que sus ocupantes escarbasen en la muralla para ganar espacio y formar armarios, alcobas, pasos y escaleras. Tanto se escarbó algunas veces, que llegó a desaparecer la muralla, comunicándose las casas del exterior con las interiores, como sucedió en dos de las torres, que quedaron totalmente huecas, incluso en su parte baja, que era de construcción maciza, con peligro de desplome de los sectores que quedaron en pie encima del boquete, como prodigio de la fuerza cohesiva de los cementos utilizados en la construcción de la muralla.

Otros enemigos de la conservación arqueológica eran los pozos antiguos y modernos. A todo lo largo de la muralla, y en ambos frentes de la misma, se hallaron pozos con revestimiento de piedra algunos, y otros, sin protección de ninguna clase. En los escombros interiores aparecieron fragmentos cerámicos pertenecientes al siglo xv y épocas posteriores.

Muy avanzados ya los trabajos de excavación en el subsuelo del patio en donde se iba reconstruyendo la Casa Padellás, y ante el relativo éxito de los mismos, el Archivo Histórico se aventuró a pedir que las excavaciones pudiesen ser continuadas por el ámbito de la Plaza del Rey, lugar que, por haber sido destinado a plaza desde tiempo inmemorial, no era de suponer que presentase en su fondo arqueológico tantos motivos de deterioro como en el patio edificado. Esta vez se obtuvo sin reservas el permiso y la consignación y se pudo trabajar con mayor libertad. No se hallaron en este nuevo campo de trabajo paredes modernas, pero siguieron los pozos con su obra destructiva; se observó, asimismo, la existencia de algunas excavaciones superficiales sin objetivo conocido, y otras más profundas, motivadas por la fundición de una campana de la Catedral, el año 1849, por la cimentación de la fuente que se situó en la plaza, por la cimentación de la columna del templo de Augusto, que había sido desmontada de su lugar originario, junto a las de la calle del Paradís, en 1840, y por el intento de descubrir una antigua puerta de la muralla que resultó inexistente.

No se pudo terminar el estudio del subsuelo de la plaza por haber sobrevenido la guerra, y considerando el Ayuntamiento que el estado de las excavaciones podía ser un peligro en circunstancias tan extraordinarias

como las que se atravesaban, mandó rellenarlas con tierra, hasta dejar el piso de la plaza en el nivel que tenía con anterioridad a los trabajos. Como única precaución posible en tales días se logró que se echase primero arena hasta una altura de 2 m., para que, quedando más suelta, fuese mejor resguardo de los elementos enterrados.

Las observaciones recogidas a lo largo de los trabajos realizados se refieren principalmente a la estructura de la muralla, a la calle que por la parte interior le seguía, a las casas cuyos restos las excavaciones dejaron al descubierto a la orilla de la calle mencionada y a la necrópolis cristiana que cubría parte del nivel romano. En el curso de las excavaciones se pudo recoger cerámica, objetos de bronce y de hueso o marfil, así como algunas lápidas y fragmentos arquitectónicos dispersos, todo lo cual lo conserva el Museo de la Historia, de Barcelona, en el mismo lugar donde fué hallado.

LA MURALLA

Por primera vez en los estudios de la ciudad romana de Barcelona hemos podido apreciar la fachada interior de la muralla, la cual, formando abierto contraste con la fachada externa, está formada por un paramento irregular de sillarejo, que más parece construcción mediéval. La pared se levanta a plomo y tiene una banqueta de cimentación. Las piedras están unidas con mortero, aunque en un gran sector ha desaparecido; no así en la parte baja, más protegida por los escombros y la tierra acumulada, donde se ve claramente que las piedras estuvieron, además, rejuntadas (fig. 2).

Hemos podido establecer con claridad el grueso de la muralla en la parte que afecta a la Plaza del Rey. Las hiladas de grandes bloques de piedra bien cortada que constituyen el paramento exterior, tienen diversas profundidades, toda vez que están formadas de sillares que en gran parte proceden de construcciones anteriores, pero no suelen tener una profundidad menor de 60 cm. La pared que forma la fachada interior está formada de sillarejo desigual, cuya medida en profundidad puede reducirse a un máximo de 0,25 m. y a un mínimo de 0,14 m. Entre los dos muros está el relleno de piedras y argamasa, para el cual fueron aprovechadas piedras de todos tamaños, sin desbatar en su mayor parte y con molduras u otros restos de decoración, algunas. En conjunto, el grueso de la muralla es de unos 4 m. aproximadamente.

En agosto del año 1930, habíamos tenido ocasión de realizar, en los sótanos de la Casa del Arcediano, algunos sondeos, que ahora pueden servirnos para establecer una curiosa comparación. La Casa del Arcediano había sido edificada encima de la muralla romana, sin que ésta sufriese, al

parecer, gran quebranto. Pero en obras que se realizaron en el edificio por los alrededores del año 1871 se ampliaron los sótanos de la casa, a expensas de la muralla, quedando ésta al descubierto por su parte interna hasta una mitad de su grosor en los sótanos, y no quedando en la planta baja más que los sillares exteriores, que aquí se ven por su cara interna. La sección total da una medida parecida a la comprobada en la Casa Paredellás, tal vez algo menor, siempre alrededor de los 4 m., pero su estructura tiene una notable diferencia, porque el macizo central de piedras y mortero está partido en dos secciones verticales, interceptadas por un muro de sillares regulares, iguales a los del paramento exterior y ofreciendo su fachada vertical al lado externo.

Esta misma composición se observó en todo el espacio correspondiente a la Plaza de la Catedral, de modo que la muralla así construida ocuparía un frente que abarcaría desde la torre de planta semicircular de la puerta de la Plaza Nueva hasta la torre, que se supone de base poligonal, embebida ahora en la casa llamada de la Canonja, en la Plaza de la Catedral, desde la cual la muralla cambiaba de dirección casi en ángulo recto.

La disposición de la muralla parece indicar que originariamente su espesor sería de sólo 2 m., y que luego se la reforzó por la parte exterior, construyendo un nuevo muro de fachada y rellenando el espacio comprendido entre la fachada vieja y la nueva con la consabida argamasa de piedras y cemento. Entonces se le debieron añadir las torres que, al igual que en todo el perímetro de la muralla, proyectan al exterior sus cubos uniformes. Cuatro son las torres de planta cuadrada que quedaban comprendidas en este sector, dos de ellas bastante bien conservadas, en la Casa del Arcediano, y otras dos en la Plaza de la Catedral, destruidas de antiguo al formarse la plaza y nuevamente maltrechas al construirse las escaleras que unían la plaza con la calle de la Corribia.

Otros datos pueden añadirse relacionados con la muralla de este sector de la ciudad. La torre de la Plaza Nueva, que actualmente forma parte de la Casa del Arcediano, está asentada sobre tierras de poca consistencia, a causa, según parece, de antiguas y persistentes filtraciones de conducciones subterráneas de agua. Esto obligó recientemente a realizar obras de nueva cimentación, pues se advertían en los muros algunas grietas con tendencia a abrirse. Durante dichas obras se pudieron hacer dos observaciones importantes. En primer lugar, se vió que la torre tiene su base enterrada en el subsuelo de la plaza, a una profundidad de 1'80 m. debajo del adoquinado actual, y que dicha base está decorada con una moldura y dotada de zócalo (fig. 9). En segundo término puede añadirse que la torre debió tener originariamente planta semicircular, y que la sección que ahora presenta debió producirse, en tiempo indeterminado,

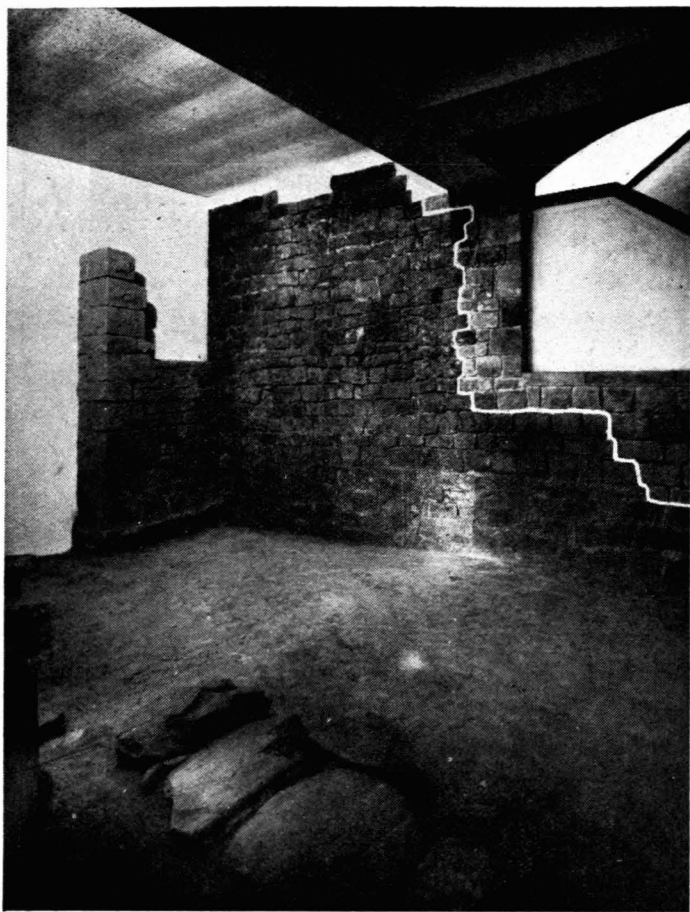


Fig. 2. — Fachada interna de la muralla en los sótanos del Museo. Al extremo, base de una construcción adosada. El pavimento es el primitivo de la calle.

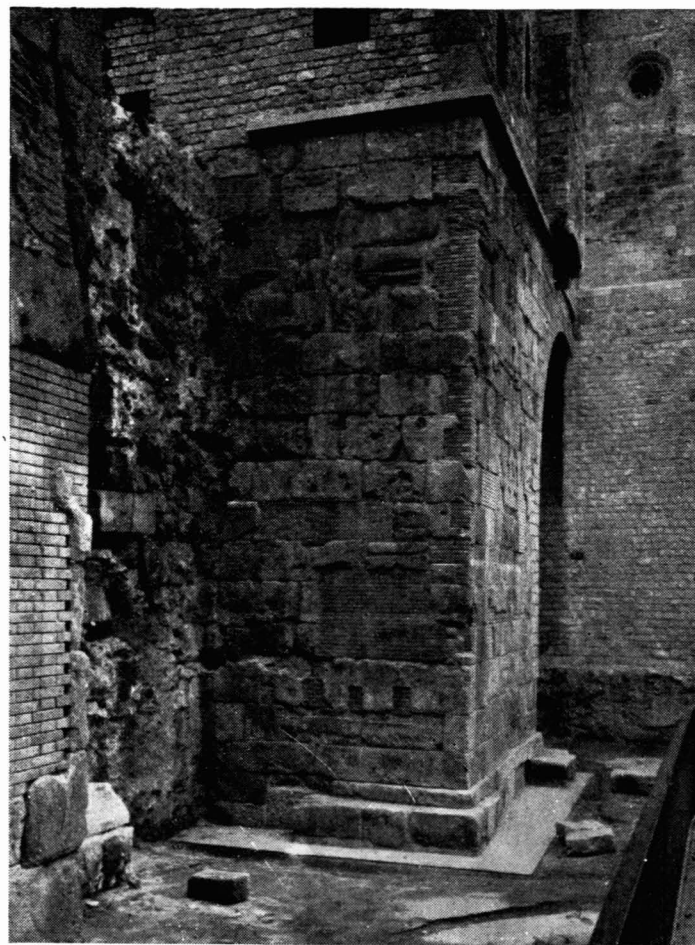


Fig. 3. — Torre de la muralla con la nueva cimentación de la base.



Fig 4. — Plaza de Berenguer el Grande. Ángulo de la torre de la muralla que sirve de base al campanario de la capilla de Santa Agueda, de cuyos cimientos fué extraída la piedra con relieves de la lám. 1.



Fig. 5. — Piedra angular de una cubierta sepulcral hallada en los cimientos de una torre de la muralla.



Fig. 6. — Otro aspecto de la misma piedra que ostenta en tres de sus lados otros tantos relieves con la cara de la Gorgona.



Fig. 7. — Una de las piedras con relieves de Gorgonas, tal como apareció en los cimientos de la muralla (2 de mayo de 1943).

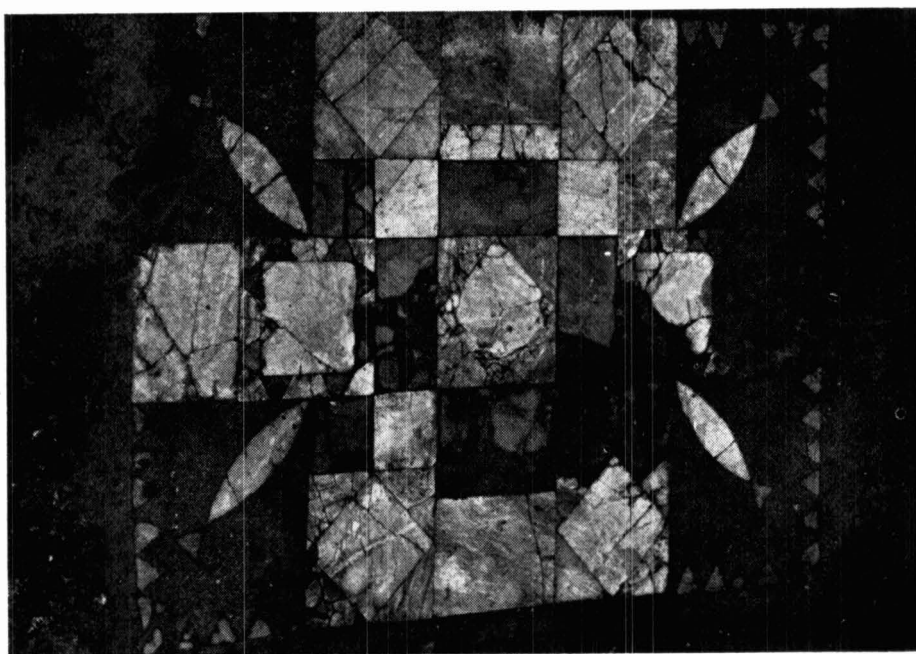


Fig. 8. — Mosaico de placas de mármol que decora el centro de una sala.

como reconstrucción poco afortunada después de algún derrumbamiento parcial.

Finalmente, la mencionada torre nos reservaba todavía una nueva sorpresa. La excavación, al poner al descubierto la base, permitió extraer de ella un fragmento de inscripción sepulcral que, por su situación, debió ser una de las primeras piedras que al construir la torre se echaron al hoyo de cimentación. La inscripción, por el carácter de la letra, puede clasificarse entre las del siglo II.

También la muralla del lado de la Plaza de Berenguer el Grande ha ido revelando el secreto de sus cimientos. En 1942, en ocasión de reforzar la torre de la muralla que sirve de base al campanario de la capilla de Santa Agueda, apareció en los cimientos de aquella torre una piedra de forma cúbica, con tres de sus lados decorados con otras tantas caras de Gorgona trabajadas en relieve excavado. La piedra, por su forma y aun por los relieves, parece haber sido pieza angular en el remate de un sepulcro (lám. III, figs. 5 y 6), y aunque de técnica rústica, se puede atribuir al siglo II. Como los sondeos en el pie de la muralla debieron continuarse, se fueron descubriendo otros elementos, pertenecientes probablemente al mismo sepulcro, y entre ellos otra piedra igual a la descrita, aunque con uno de los relieves destruido (fig. 7); las demás piezas, en número de nueve, retiradas hasta hoy (julio de 1943), son lisas, con sección transversal casi semicircular, con plinto saliente en la cara anterior de la base.

La altura de la muralla es constante en todos los puntos del perímetro que han podido ser medidos. Desde el nivel de la banqueta de cimentación tiene una altura media de 10 m., a los que hay que añadir la altura del antepecho que protegía el paso superior y la de las almenas, cuya existencia es casi segura, aunque no ha podido ser comprobada hasta ahora.

La piedra utilizada para la formación del paramento exterior es arenisca, procedente de las canteras de Montjuich, las mismas que fueron explotadas en la Edad Media y que lo son todavía. Una excepción se observa, sin embargo, en los lienzos y torres correspondientes a la actual Plaza de Be-

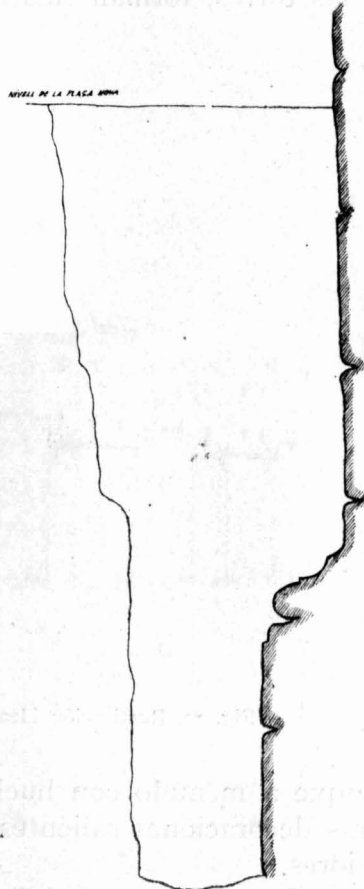


Fig. 9. Perfil de una torre de la puerta romana de la Plaza Nueva, en la parte que queda bajo el nivel del pavimento.

renguer el Grande, en donde las hiladas superiores son de arenisca rojiza y fácilmente erosionable, cuya calidad coincide con la de los bancos triásicos que tanto abundan por el lado del río Llobregat.

Las piedras de este paramento externo, tanto en las cortinas como en las torres, forman sillares bien ajustados, cuya superficie visible es lisa,

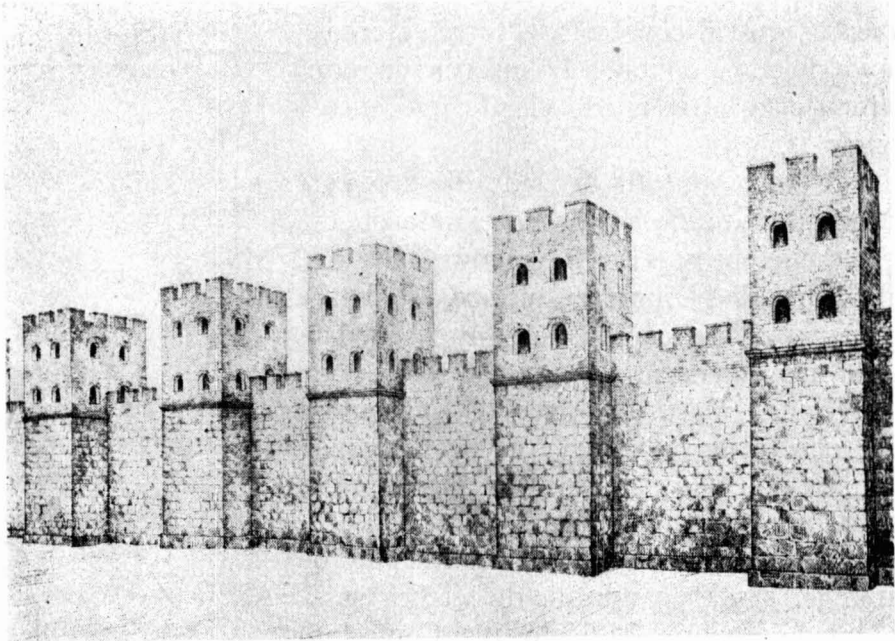


Fig. 10. Restitución ideal de la muralla en la actual Plaza de Berenguer el Grande.

aunque a menudo con huellas muy aparentes de haber tenido molduras y otras decoraciones salientes, prueba de su procedencia de edificaciones anteriores.

Las torres que defienden la muralla son de base rectangular en su mayor parte, semicirculares en la puerta de la Plaza Nueva y en el sector correspondiente al palacio de los Templarios, y de supuesta base poligonal en el ángulo recayente a la Plaza de la Catedral. La distancia de torre a torre es, por lo general, de 6 a 8 m., y esta extraordinaria frecuencia es la nota más característica de la muralla de Barcelona.

LA CALLE JUNTO A LA MURALLA

El pavimento de la calle debió quedar formado en cuanto se terminó la construcción de la muralla. Por lo menos, a la altura de la banqueta de cimentación aparece el suelo apisonado con mezcla de tierra, piedras y pe-

queños fragmentos de cerámica (fig. II, *c d e f*). No se observan en este piso señales de roderas de carros. Tal vez fuese esta calle poco frecuentada; acaso reservada para maniobras militares en caso de defensa de la ciudad y de difícil acceso en la vida ordinaria. Lo cierto es que encima de este primer pavimento aparecieron despojos domésticos, cenizas, cerámica y otros escombros que pronto debieron cubrir aquel primer nivel, formándose otro más elevado, debajo del cual cruzaban las alcantarillas con su cubierta de grandes piedras sin desbastar. Este segundo nivel corresponde a la época de la construcción de las casas que se edificaron a orilla de la calle, a la cual no parece que tuvieran puertas de acceso.

A un extremo de la muralla descubierta en los sótanos de la Casa Padellás aparece un ángulo de edificio (fig. II, *o*) adosado a ella desde antiguo, a juzgar por el nivel de su cimentación, poco más alta que la de la muralla. Constituye un cuerpo saliente macizo que pudo servir para ampliar la base de alguna construcción edificada en la parte superior de la muralla.

Aparte este caso excepcional, la muralla aparece libre de adherencias y forma uno de los lados de la calle que corría por el interior de la ciudad, junto a la muralla, con una anchura regular de 7'50 m. El piso de la calle no parece que haya tenido enlosado ni otro afirmado que el de la tierra apisonada, en la que quedaban visibles, en sus distintos niveles, fragmentos de cerámica, piedras y huesos.

La única obra de la calle es la de las alcantarillas, cuyas distintas alturas significan su distinta cronología. Las más profundas están construídas con fondo de tejas planas yuxtapuestas y con muretes de mampostería y cubierta de piedras muy desiguales, puestas en seco.

Los conductos superficiales tienen el piso construído con hormigón. Los más modernos, al llegar a la calle, doblan en ángulo recto, para seguir paralelamente a la muralla en dirección al mar. Los más antiguos, en cambio, llevan sus aguas hacia la Plaza del Rey, en sentido contrario, pues, del que parecía natural, como indicando un aprovechamiento de dichas aguas para riego o industria.

Una de esas conducciones, profunda y de técnica antigua, se dirige verticalmente a la muralla y la atraviesa; pero como esto sucede precisamente por uno de los puntos por donde más difícil hubiera sido la perforación del muro, pues corresponde a una de las torres exteriores, hay que suponer que el desagüe estaba ya en servicio cuando fué construída la muralla, y que ésta respetó el conducto preexistente.

A lo largo de la muralla, por este lado de la ciudad, se abría un arroyo, que más tarde se llamó Riera de San Juan de Jerusalén. Las cloacas podían verter sus aguas en dicho arroyo, que es lo que debía pasar con los

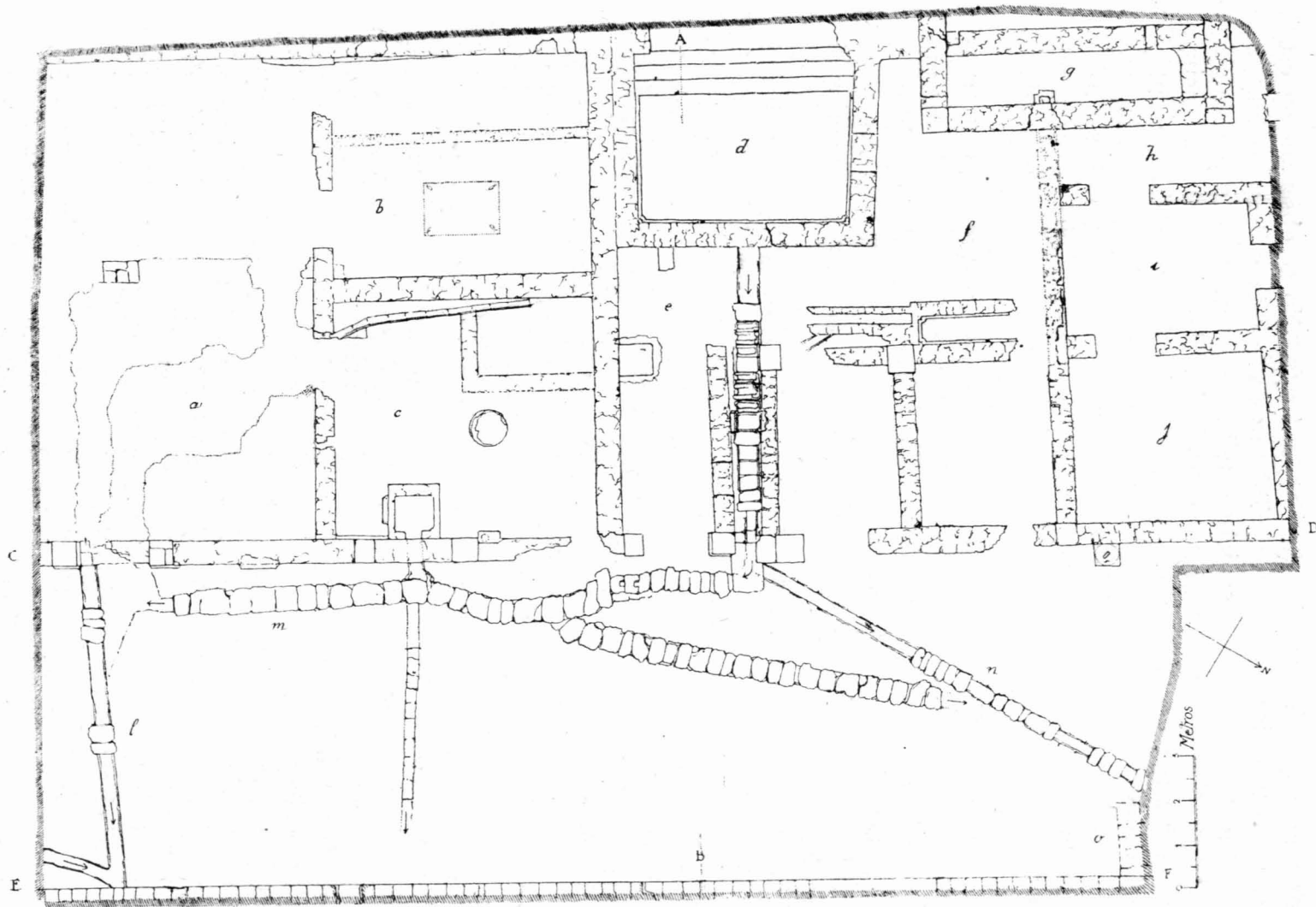


Fig. II. Plano de los vestigios de la ciudad romana de Barcelona, que han quedado al descubierto en los sótanos de la Casa Padellás (Museo de la Historia de la Ciudad), en la Plaza del Rey.

conductos antiguos; el cambio de dirección de los modernos que van en derechura al mar pudo ser debido a medidas higiénicas, toda vez que el arroyo estaría seco la mayor parte del año.

Este arroyo, aunque de cauce poco profundo, debió cumplir el oficio de foso; por lo menos no se ven indicios de otra clase de foso en las inmediaciones de la muralla por este lado de la ciudad.

LAS HABITACIONES INTRAMUROS

En los sótanos del Museo se ha conservado la estructura de diversas habitaciones, aunque no sean muy claras las líneas divisorias de las propiedades. El paralelismo entre la pared final de esas habitaciones y la muralla se mantiene a lo largo de toda la excavación.

Siguiendo el itinerario que para orientación de los visitantes se ha dejado señalado en el piso de las excavaciones, hallamos, primero, del lado que mira a la Plaza del Rey, una pieza casi cuadrada (fig. 11, *j*), con una abertura que sería la puerta de entrada, abierta en una pared que ostenta huellas visibles de tres sucesivos enlucidos; el último, parece que tuvo pintura roja hasta cierta altura, y pintura verde o azul más arriba. Aquí fué donde se halló el ánfora que inició los hallazgos, pero no en el suelo de la habitación, sino encima de una capa de tierra y escombros de un metro aproximadamente de altura (fig. 13). Esta pieza comunica con otra más interior que, aun siendo de medidas más reducidas, presenta, muy claras, tres puertas, como significando su oficio de vestíbulo o lugar de paso (fig. 11, *i*). No se halló en estas dos habitaciones ningún resto de pavimentación. El supuesto vestíbulo tiene acceso desde un pasadizo que pudo ser exterior, algo como callejón de entrada, entre la casa y el muro de otro edificio, del cual se conservaron las esquinas que dan toda la anchura del edificio, sin que tenga, al parecer, relación con la casa del atrio (fig. 11, *h*).

Una pared que en parte había desaparecido, pero cuyo trazado es de fácil recomposición, parece ser pared medianera con otra casa en la que abundan las señales de haber sido casa de baños. Un depósito bajo debe ser, por sus medidas, una bañera individual, con su desagüe y muy bien protegida por dentro con revoque impermeable y los acostumbrados rebordes en los ángulos interiores. En la vecindad de la mencionada bañera, los suelos son de mortero, y tienen, o rebordes en los ángulos, o inclinación para salida de las aguas que pudieran caer en ellos. Lo más característico de esta «casa de baños» es una piscina colectiva (fig. 14), a cuyo fondo, de una superficie de casi 15 m², se descende por cuatro escalones que ocupan completamente uno de los lados de la piscina (fig. 11, *d*). Paredes, suelo y escaleras

tienen el mismo revestimiento de enlucido, en cuya composición entra ceniza. Se conservan bien la gradiería de descenso y dos paredes que forman uno de los ángulos opuestos a la escalera. A una altura de 1'28 m. sobre el fondo de la piscina aparecen una serie de cinco agujeros practicados en la pared lateral, que pudieron ser vestigios de argollas u otra clase de asideros para cuerdas que atravesasen el depósito. Algo más arriba se observan en la misma pared, y en la que con ella forma ángulo, unas líneas horizontales que semejan las que una sedimentación de agua abundante en cal deja en los depósitos (fig. 15). En el piso de la piscina se halló un orificio de unos 50 cm. de diámetro, que era boca de un silo que debe suponerse de época posterior, aunque la cerámica hallada entre las tierras que lo rellenaban no fuese moderna.

El desagüe de la piscina debía producirse por un boquete existente en la parte baja del muro, a ras del suelo, de sección triangular. Este boquete debió tener alguna pieza metálica, válvula o grifo, que no ha dejado huella, y estaba en comunicación con una alcantarilla exterior, que debía quedar disimulada entre dos muros paralelos muy próximos, y tiene por cubierta una serie de piedras, entre las cuales se ven seis piezas de barro cocido que debieron ser canales de traída de aguas, y un cipo sepulcral sin inscripción, pero con remate de volutas, y una pequeña excavación en la parte superior, para la lámpara (fig. 16).

La piscina está construída encima de restos de edificaciones más antiguas, a las cuales pudieron corresponder tres cubos de piedra puestos en una misma línea, aunque más profundos, y sin correspondencia con las paredes superiores. El mismo desagüe tiene como dos pisos : el inferior, con suelo de *tegulae*, y el superior, de mortero. Este último es el único que pudo servir para la piscina y el que se relaciona con la alcantarilla superior de la calle. El paso inferior, por el contrario, se entrega, al llegar a la calle, a una alcantarilla profunda que sigue una dirección opuesta, como si entre la época de servicio del primero y la de la utilización del segundo se hubiese cambiado, no sólo el nivel de los edificios, sino el criterio de aprovechamiento de las aguas residuales, puesto que si las superficiales van directamente en dirección al mar, las profundas y, por tanto, más antiguas, llevan camino contrario y convergen al llegar al subsuelo de la Plaza del Rey, para verter las aguas en pozos abiertos entre las construcciones.

Una pieza contigua a la piscina, con suelo de mortero, dió una buena cantidad de punzones, pasadores y alfileres de hueso, objetos que en menor proporción fueron apareciendo en todo el ámbito excavado (fig. 11, e). En esta habitación debieron verterse aguas con frecuencia, a juzgar por un orificio bajo, abierto en una de las paredes laterales, por el que debieron tener salida y ser conducidas por un canal formado de tejas curvas hasta un pozo que apare-



Fig. 12. — Base de la torre de las figs. 3 y 4.

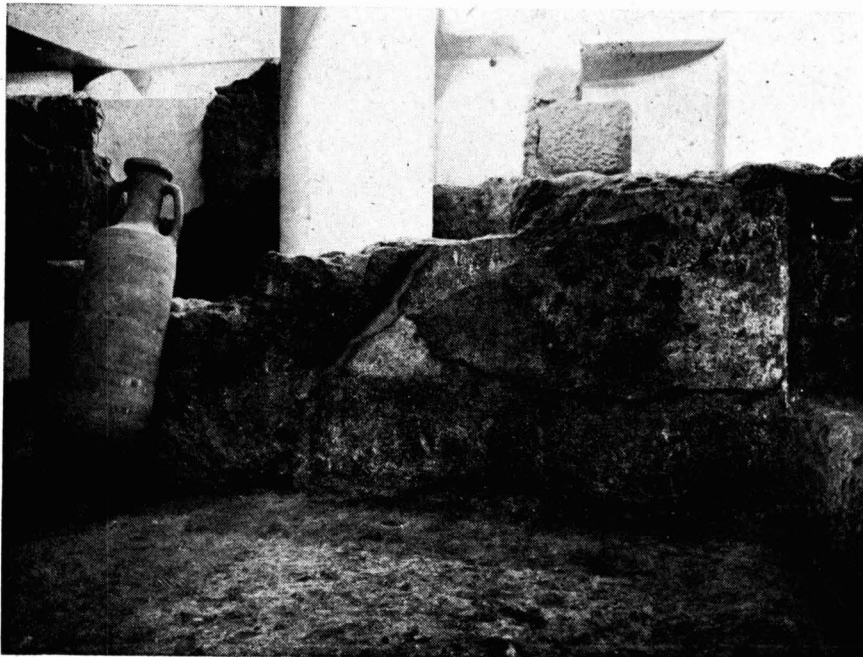


Fig. 13. — Interior de una habitación en los sótanos del Museo de la Plaza del Rey.

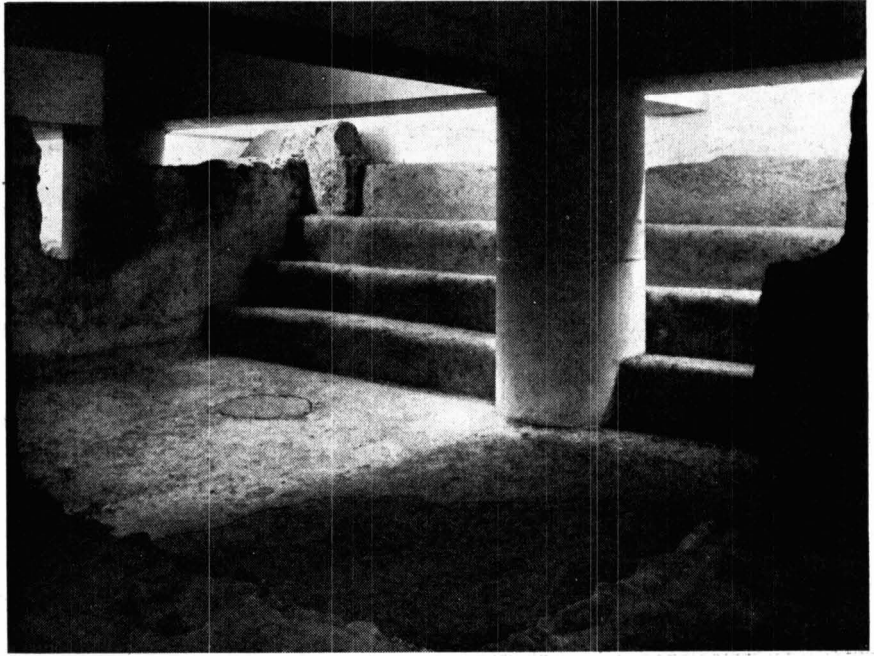


Fig. 14. — Piscina romana del Museo de la Historia, de Barcelona.

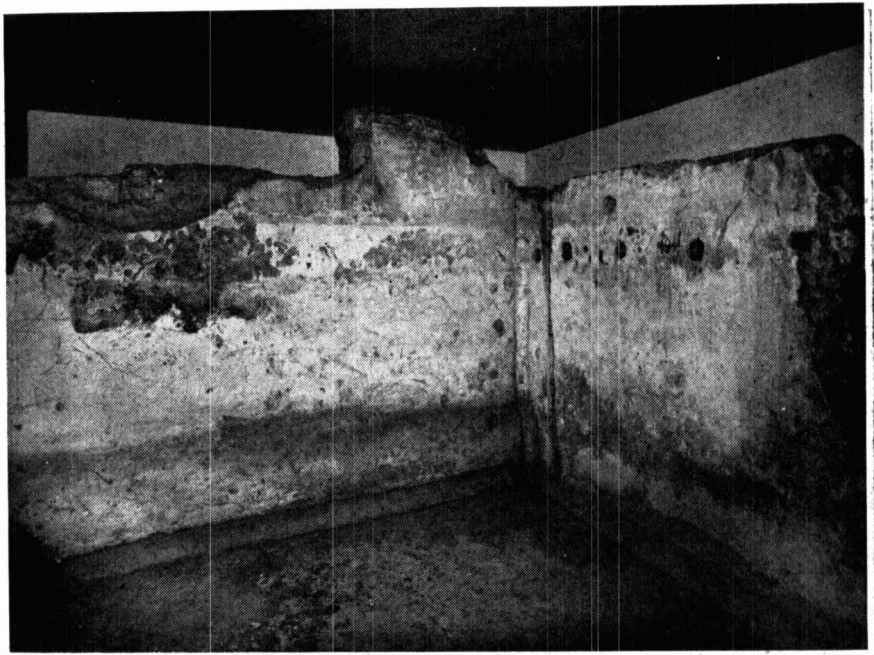


Fig. 15. — Interior de la piscina. En la pared, los huecos de las argollas para maromas y las señales del nivel del agua.



Fig. 16. — Cnducción de desagüe de la piscina con aprovechamiento de elementos de conducciones anteriores y de un cipo sepulcral para cubierta.



Fig. 17. — Pavimento de una habitación con un mosaico en su parte central.



Fig. 18. — Sepulchros de tejas y de ánforas en la necrópolis cristiana de la Plaza del Rey.

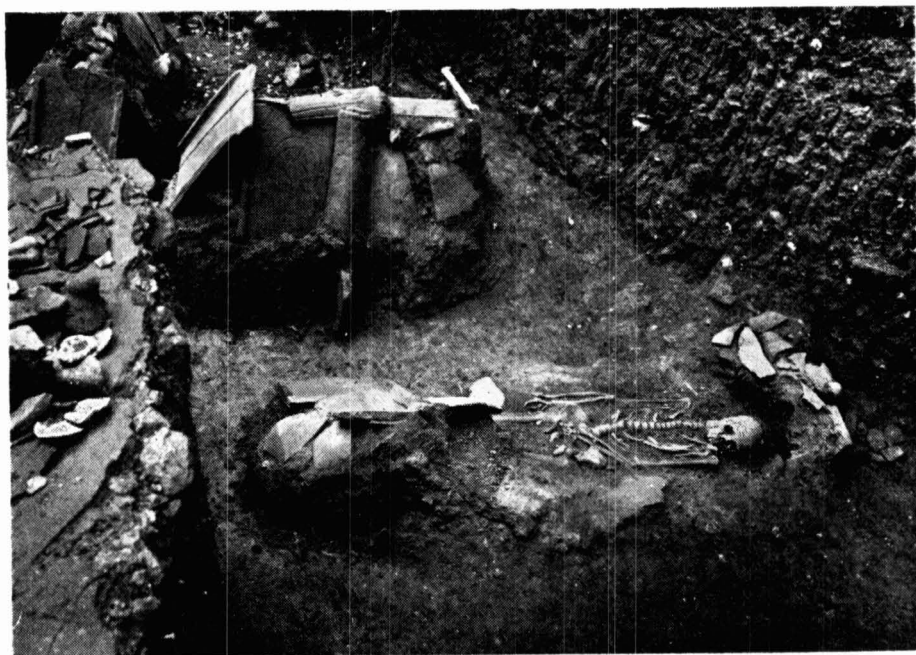


Fig. 19. — Pormenor de los hallazgos de sepulchros cristianos en la necrópolis de la Plaza del Rey.

ció abierto en mitad de una antigua habitación; destruyóse para ello un pavimento de mortero y otro anterior situado debajo de aquél, formado de pequeños ladrillos puestos de canto para formar un *opus spicatum* (fig. II, a). El pavimento superior tenía un escurridero que echaba las aguas a una alcantarilla profunda, que parece anterior a la muralla, según hemos dicho, por atravesarla por una de las torres.

La habitación del pozo pudo tener comunicación con otra contigua, con piso de mortero, que ostenta en su centro un mosaico (fig. II, b) formado por losetas de diversos colores, de mármol y de jaspe, de corte cuadrangular, con excepción de cuatro piezas cortadas en forma de peces y colocadas por punta en los cuatro ángulos, y de unos pequeños triángulos que forman el marco (figs. 8 y 17). Una de las paredes tiene vestigios de pintura. Al lado de esta habitación queda una pieza estrecha como pasillo, que termina, como la pieza del mosaico, en el muro lateral de la piscina.

Al otro lado de la pieza del mosaico hay otra habitación cuadrada, limitada por la pared de la calle de la muralla; en ella se ven restos de un lavadero o depósito con abertura de desagüe, en comunicación con la alcantarilla exterior (fig. II, c). No tiene otro resto de pavimento que el que corresponde a uno de los ángulos y que pudo ser otro depósito para líquidos, a juzgar por sus reducidas dimensiones y por los rebordes de los ángulos interiores. En el fondo del espacio excavado, al sur de la habitación del mosaico, apareció una pared de unos 5 m., construída directamente sobre la tierra que llenaba la habitación y a una altura de 1'27 m. sobre el nivel del pavimento. La altura máxima que conservaba la pared era de 1'30 m. y estaba formada por cubos de piedra labrada, formando pies derechos, repartidos entre una pared de mampostería de piedra y mortero. No se pudo conservar, pues el estado en que se hallaba no lo hubiera permitido fácilmente.

UNA NECRÓPOLIS CRISTIANA EN LA PLAZA DEL REY

Durante las obras de reconstrucción de la Casa Padellás en la Plaza del Rey, juzgóse necesario verificar el estado de los cimientos de la capilla de Santa Águeda, en cuyo ábside se habían notado algunas grietas, y los de la torre-campanario, visiblemente desplomada. Aprovechando los trabajos de excavación a que tales investigaciones obligaban, pudimos estudiar, en los años 1934 y 1935, desde el punto de vista arqueológico, una buena parte del subsuelo de la Plaza del Rey.

Descartados los vestigios de algunas construcciones modernas, se apreció en seguida la presencia de restos antiguos y de abundantes frag-

mentos de cerámica de tradición romana, sin que aparecieran testimonios de la época medieval. Este fenómeno debe tener su explicación en dos causas: la primera, la falta de edificaciones persistentes en el ambiente de la plaza, destinado a plaza pública desde que, ya en la época condal, y antes quizás, fué sede de la máxima autoridad civil; la segunda, la remoción de tierras y el rebajamiento que debieron sufrir en época incierta, pero que bien pudiera ser la de la edificación del Palacio de los Virreyes, en el siglo XVI, las tierras que se habrían ido acumulando en la plaza durante las dilatadas épocas no representadas.

Lo primero que pudo determinarse fueron los restos de un pavimento de mortero, con trozos de cerámica; no tenía bordes precisos; sus medidas máximas eran de 3'18 m. de largo y poco menos de ancho. Había sido formado sobre un lecho de piedras, y no fué posible determinar si la concavidad muy pronunciada que presentaba era originaria o si la adquirió con el tiempo. Los extremos se hallaban situados a 1 m. de profundidad bajo el nivel moderno de la plaza; no se hallaron restos de muros que hubiesen podido ser indicio de los límites originarios del pavimento y de su destino.

Debajo del pavimento aparecieron dieciséis sepulturas con diversa orientación, formadas, o por tejas planas, puestas a dos vertientes para cubierta, o por ánforas. Pertenecen a la primera forma once sepulcros y cuatro a la segunda. Queda otro enterramiento, en el que apareció casi entero un esqueleto rodeado de fragmentos de *tegulae* y de ánforas en completo desorden (figs. 18 y 19). En la vecindad de los sepulcros se hallaron muchos fragmentos de tejas planas, procedentes seguramente de otros sepulcros destruidos en excavaciones utilitarias. Algunas destrucciones debieron provocar los trabajos ya citados que en el año 1849 se verificaron en la Plaza del Rey para la fundición de una campana destinada al reloj de la Catedral.¹ De estos trabajos deben proceder algunas *tegulae* que se conservaron en el Museo Provincial de Santa Águeda y que ahora están en el Museo de la Historia, de Barcelona. En la planta de la fig. 20 puede verse la totalidad de la necrópolis excavada. Los números que citamos a continuación son los que tienen los sepulcros en la planta citada.

Uno de los sepulcros — el XI — estaba totalmente cubierto por el pavimento cóncavo que hemos citado, sin que en éste se viese huella de perforación, de modo que tuvo que ser construido con posterioridad a los enterramientos.

Nuestras excavaciones pusieron al descubierto algunos elementos antiguos que habían sido aprovechados como materiales de construcción en los trabajos para la fundición de la campana, y entre ellos, un fragmento

1. *Diario de Barcelona*, 9 y 11 de febrero de 1849; págs. 651 y 684.

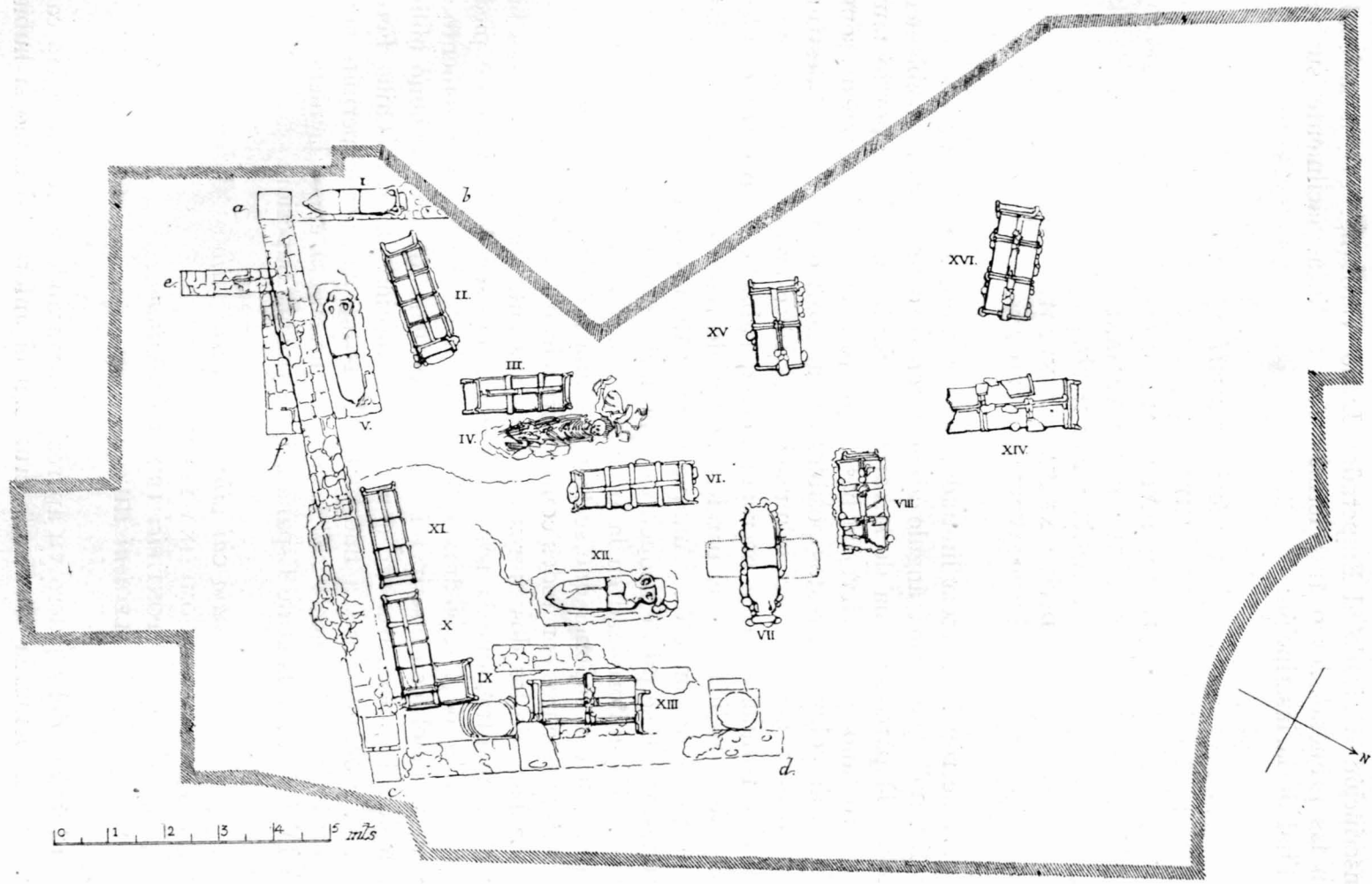


Fig. 20. Planta de la necrópolis cristiana de la Plaza del Rey.

de inscripción dedicada al Emperador Lucio Vero (fig. 21), a la cual le faltan las primeras dos o tres letras de cada línea, fácilmente suplidas, y el final de la inscripción:

I]MPeratori · CAESARI
 DI]VI · ANTONINI
 Filio ·] DIVI · HADRIANI
 NE]POTI · DIVI · TRAIANI
 PA]RTHICI · PRO NEPOTI
 DIV]I · NERVAE AB NEPOTI
 Lucio AVREL]IO VERO AVG...

La necrópolis parecía limitada, por un lado, por el muro *a-c* (plano de la fig. 20) que forma ángulo abierto con otro muro *c-d*, sensiblemente paralelo a la pared externa de la capilla de Santa Agueda y, por lo tanto, al muro romano que le sirve de base. Junto a este último muro asoman tres bases de columnas, restos posibles de un pórtico anterior ya destruído al tiempo de practicarse las inhumaciones. Hace creer que dichos muros fueron el cerramiento de la necrópolis el no haber hallado otros sepulcros más allá de esos límites y el paralelismo que los enterramientos inmediatos al muro guardan con éste. Aunque algunos de los sepulcros se hallaban superpuestos, no se puede deducir de este hecho que perteneciesen a épocas distintas. La uniformidad en la técnica usada y la identidad de forma de las ánforas hacen suponer que se trata de una necrópolis tal vez ocasional, cuyos enterramientos son todos contemporáneos o poco menos.

La base de los dos muros de cerca presenta hileras de piedras bien dispuestas, mientras que la parte superior debió ser de tapiales de piedra y tierras. Una de las piedras básicas del muro *a-c* es un fragmento de lápida de mármol, con inscripción incompleta dedicada a un tribuno militar de la legión IV, perteneciente a la tribu Pomptina, llamado Caius Ferox. Pertenece, probablemente, a fines del siglo I (fig. 22); así lo permite suponer el carácter de las letras y el hecho de que en esa época la mencionada legión IV fué trasladada de España a la Germania Superior.

caio cai Liberto NOcturni Filio
 POMPTINA FEROCI
 PONTIF]ici TRIBuno MILitum
 LEGioni IIII...

El ánfora del sepulcro VII apareció descansando sobre una ligera capa de madera carbonizada formando cruz con el ánfora, tal como si hubiese



Fig. 21. — Inscripción con dedicatoria al emperador Lucio Vero.



Fig. 22. — Inscripción dedicada a Cayus Ferox, tribuno militar de la IV Legión, atribuible al siglo I.

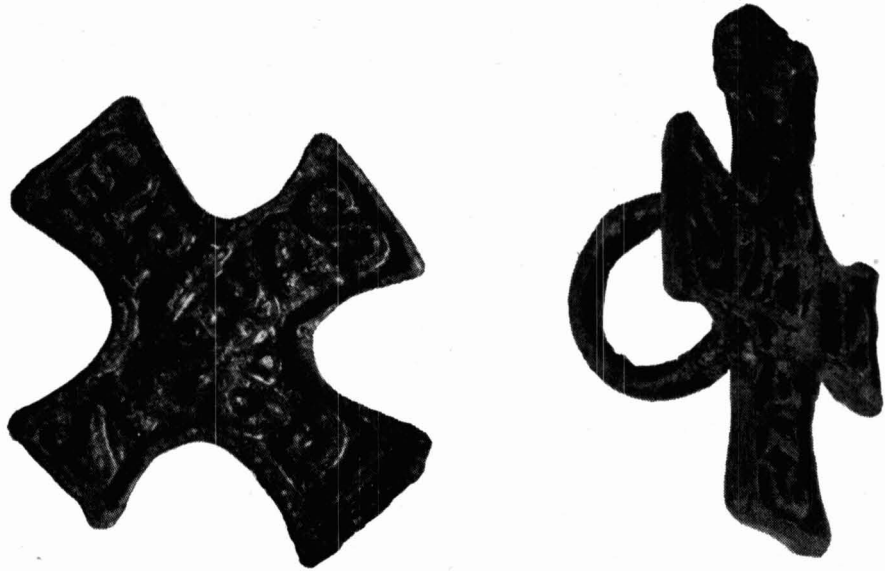


Fig. 23. — Anillo sigilar de bronce con el crismón y la leyenda ELPIDI VIVAS.

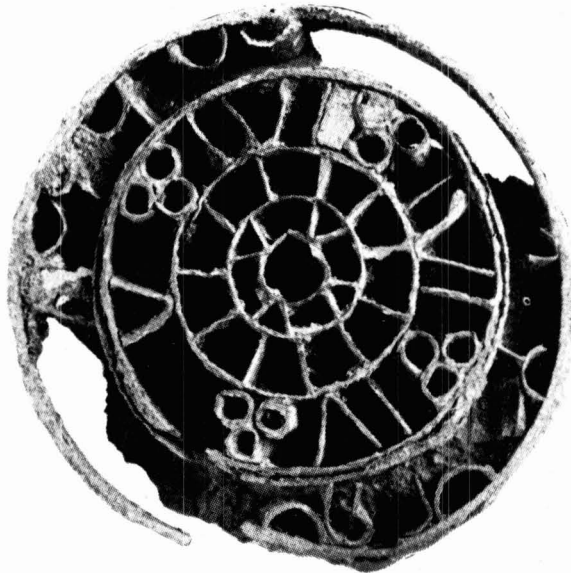


Fig. 24. — Broche discoidal de bronce.

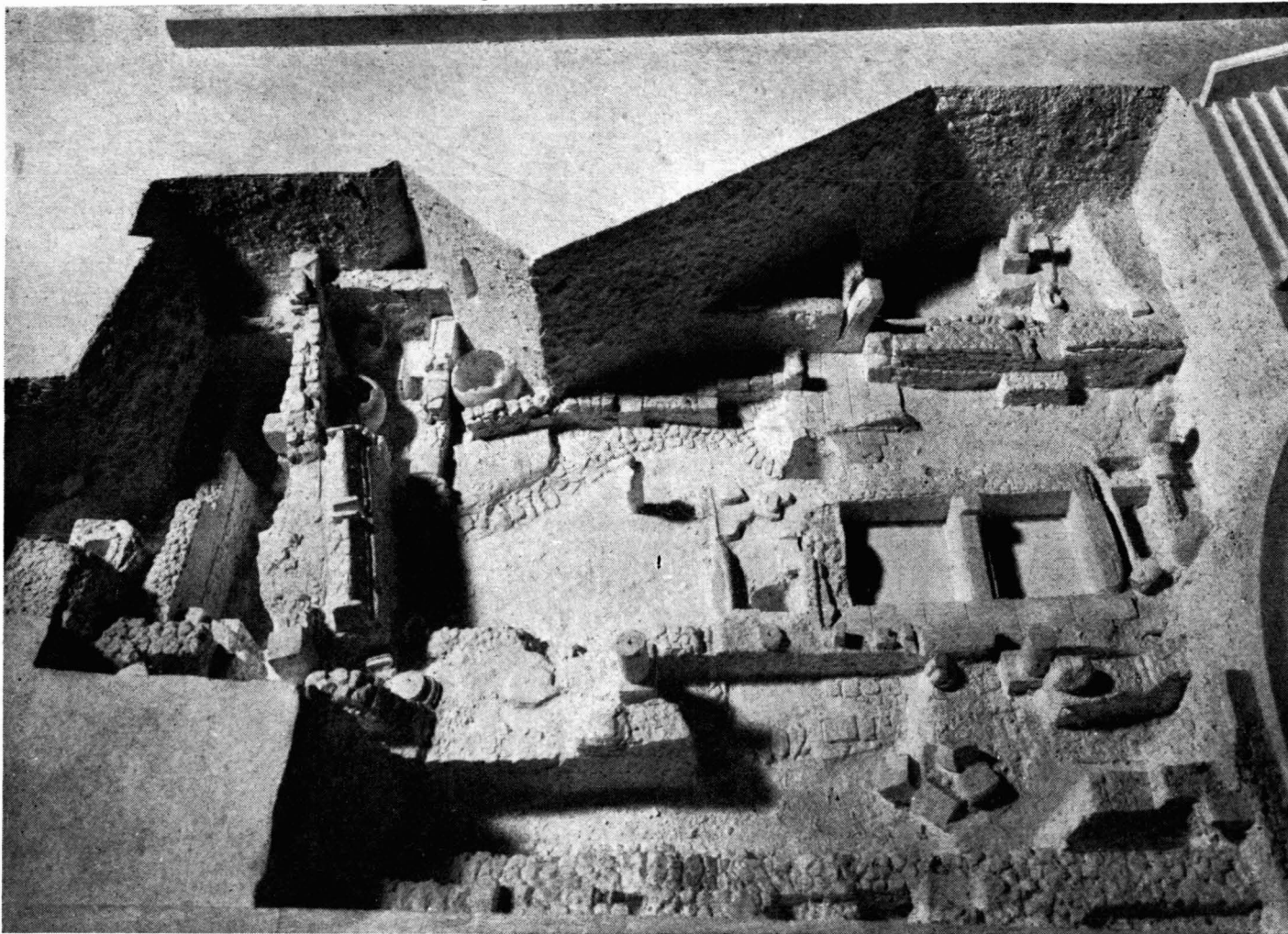


Fig. 25. — Maqueta de los vestigios romanos hallados en el subsuelo de la Plaza del Rey bajo el nivel de la necrópolis cristiana.



Fig. 26. — Vista general de las excavaciones de la Plaza del Rey desde la Casa Padellás.



Fig. 27. — Departamento del dolium en las excavaciones de la Plaza del Rey. A izquierda, uno de los sepulcros de *tegulae* de la necrópolis cristiana.

pertenecido a unas parihuelas con que fuese llevada el ánfora y que quedasen enterradas junto con ella. También el sepulcro XIII, de *tegulae*, presenta, aunque no tan claramente, un lecho de madera carbonizada.

Los sepulcros de ánfora debieron estar destinados a niños, según lo dan a entender sus medidas; los demás están compuestos por cuatro pares de tejas, los mayores, otros por tres y algunos por dos.

Algunos conservaban restos del esqueleto, pero ningún objeto que le acompañase, hecha excepción de una hebilla de hierro que apareció en el interior del sepulcro VI, y un par de pendientes anulares de plata muy oxidada, hallados en el sepulcro XVI. Muy cerca del sepulcro XIV, y a la misma profundidad, se encontró un broche de bronce en forma de disco alveolado, cuyos alvéolos hubieron de estar rellenos de pasta vítrea, de la cual conserva algunos vestigios (fig. 23). Un fragmento de lamparita de barro cocido, del tipo cristiano, apareció encima de la cubierta del sepulcro VIII; otro fragmento parecido se halló en la parte exterior de la necrópolis, pero en su vecindad y a su misma profundidad. Fuera también de la cerca cementerial se halló una cruz de bronce, con inscripción en relieve y anillo en el reverso. La inscripción dice: ELPIDI VIVAS. En su parte central tiene el crismón (fig. 24).

Esta necrópolis, a juzgar por el aspecto general de los enterramientos, por la cerámica aparecida en su mismo nivel y por los objetos de metal hallados en su vecindad inmediata, debe fecharse entre los siglos VI y VII como límite moderno. El límite antiguo lo da la ciudad romana posterior a las murallas del siglo IV, sobre cuyas ruinas, ya cubiertas entonces por gruesa capa de tierra, fueron abiertos los sepulcros. La proximidad de esta necrópolis con la Catedral actual deja suponer que pudo haber tenido alguna relación con el primer templo catedralicio, ya existente en el siglo IV, con emplazamiento muy semejante, según parece, al del templo actual.

NUEVOS VESTIGIOS ROMANOS DEBAJO DE LA NECRÓPOLIS

Terminada la extracción de tierras a que obligó el descubrimiento de la necrópolis descrita anteriormente, fué preciso ahondar la excavación hasta dar con el nivel correspondiente a los restos arquitectónicos de los sótanos de la Casa Padellás.

La existencia de nuevos vestigios en el subsuelo de la plaza se acreditaba por algunos pies derechos, pilares prismáticos o columnas cilíndricas que asomaban entre las tierras, y también por los muros inferiores que aparecieron en diversas catas practicadas. Fué necesario desmontar los sepulcros, cuyos elementos se conservaron, y algunos de ellos se montaron

nuevamente en el Museo de la Historia, de Barcelona; sin embargo, se dejaron en su emplazamiento los sepulcros IX y X como testimonio del nivel de la necrópolis con relación al estrato arqueológico inferior.

La excavación no comprendió la totalidad del espacio libre de la plaza, sino que quedó intacta una ancha zona irregular junto a la actual Casa Padellás y a lo largo del edificio del Archivo de la Corona de Aragón, y de la Sala del Tinell. Los resultados obtenidos fueron los siguientes, señalados puntualmente en el plano de la fig. 28 y en la maqueta de la figura 25.

Una pared *CD* parece ser continuación de la pared *AB* del plano de la fig. 11, con la particularidad de ofrecer restos constructivos en la parte que en el sector anteriormente estudiado era reservada a espacio vial. Efectivamente, en este sector, además de los desagües acostumbrados, se ven restos de paredes y una hilera de bases para columnas y pilares que indican la existencia de un pórtico. Hay que notar que dichas bases no arrancan del nivel de la primitiva calle de la muralla, sino de más arriba, como si perteneciesen a una época posterior en la que aquella vía había ya sufrido una crecida de nivel por tierras y escombros allí acumulados.

La región *a* acusa una habitación cuadrangular, con grandes bloques en los ángulos, teniendo en su interior un dolium y una especie de mortero de piedra.

Entre uno y otro se halló un fragmento de tubería de plomo. Otros *dolia* aparecieron en la habitación contigua, uno de los cuales quedó totalmente excavado (figs. 26 y 27). Otro departamento rectangular (*b*) presenta parte de un antiguo pavimento, en el cual descansa una piedra que sirve de base a una columna todavía en pie, que no parece tener relación con las paredes circundantes (fig. 32). Un hecho semejante aparece en el extremo norte de la excavación, donde son dos las columnas enhiestas puestas encima de las paredes, formando ángulo recto con la serie de bases paralelas a la pared de Santa Agueda, algunas de las cuales mantienen sus respectivos fustes de columna (figs. 29 y 30). La presencia y disposición regular de tales columnas y bases deja suponer la existencia de un ángulo de pórtico de considerables proporciones, o hay que creer tal vez que fueran los pies correspondientes a un tejado que cubriese la parte central de la excavación. Una de las columnas más inmediatas a los depósitos presenta señales de haber sufrido roces muy continuados, hasta producirle importantes muescas (fig. 31).

En esta parte central existen dos depósitos gemelos (*d, e*) de planta cuadrada, con una de sus paredes, la que corresponde a la calle de la muralla, construída con buenos bloques de piedra, regulares y muy bien dispuestos. El interior de dichos depósitos está protegido con revoque y con

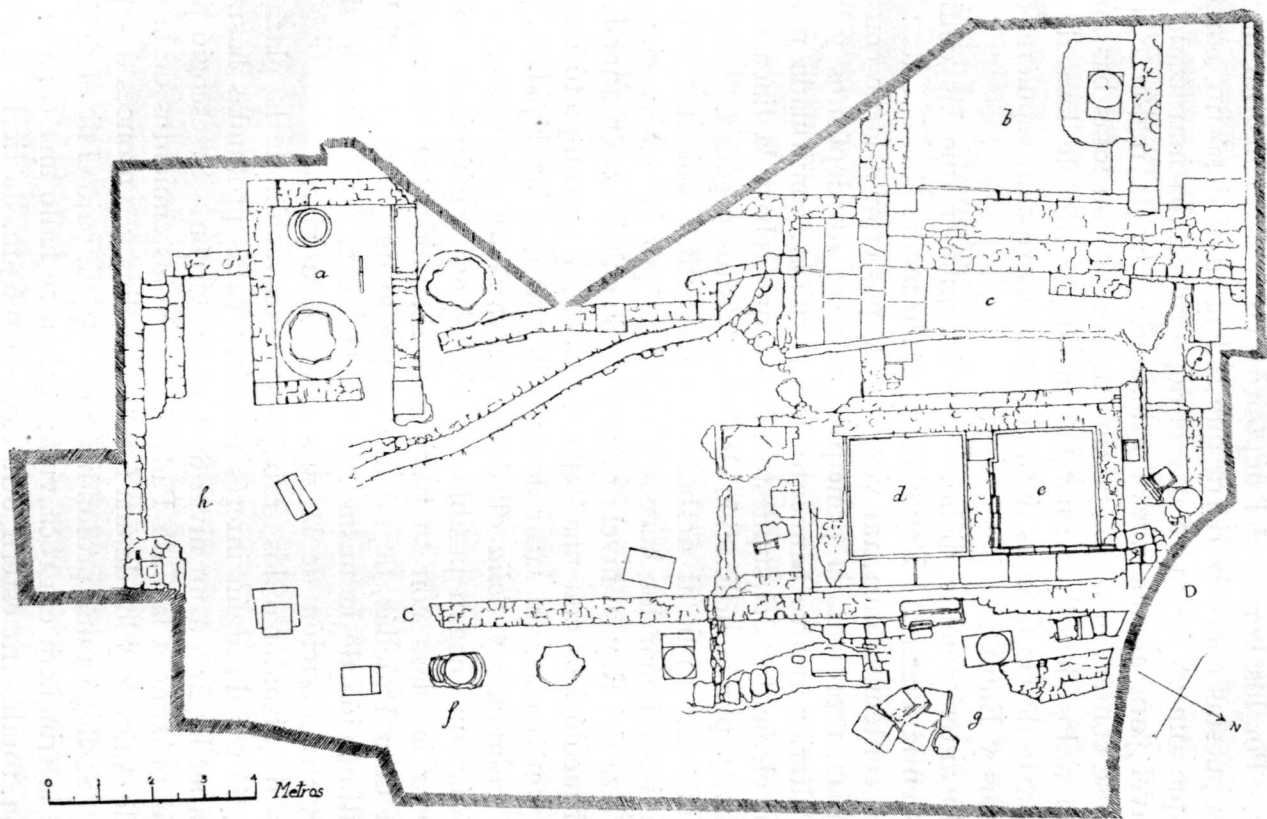


Fig. 28. Plano de los vestigios de construcciones romanas, descubiertas bajo la necrópolis cristiana.

bordones en los ángulos (fig. 30). Esto, y la disposición de planos inclinados en los pavimentos inmediatos, como la presencia de pozos antiguos y de desagües, permite afirmar que el destino de tales depósitos estuvo relacionado con líquidos. Por los bordes del depósito *e* corre una canalización formada con imbrices puestas sobre la tierra que rellenaba el depósito, como dando a entender que aun en época en que el depósito estaba inutilizado se aprovechó su nivel para alguna nueva utilización. En la región *c* del plano de la fig. 28 se conservan restos de un empedrado con losas bastante regulares. Junto a los depósitos apareció un fragmento de losa de mármol blanco con parte de las últimas líneas de una inscripción sepulcral dedicada por C. Granius y Emilia.

Por lo anteriormente dicho, se puede suponer que las edificaciones descubiertas en la Plaza del Rey acusan por lo menos dos épocas: la de su construcción, contemporánea, tal vez, o poco posterior a la de construcción de las murallas, representada principalmente por los depósitos y los *dolia*, y la de un ulterior aprovechamiento de sus ruinas, confirmada por la presencia de los elementos del supuesto pórtico que rebasa la línea de la calle de la Muralla, y por la utilización de los depósitos cegados.

En julio de 1936, al desbordarse los acontecimientos revolucionarios, fué preciso rellenar los huecos producidos por las excavaciones y restituir a la Plaza del Rey su nivel ordinario. Se cubrieron en aquella ocasión los restos arqueológicos con una capa de arena, y se completó luego el rellenamiento con tierras, sin sacar de su sitio más que las lápidas. Paredes, pavimentos, columnas y *dolia* quedaron nuevamente enterrados, en espera de mejores días que hagan posible una nueva excavación más completa y permitan dejar la plaza con su pavimento sostenido por pilares, como se hizo para la Casa Padellás, de tal modo, que lo mismo que en dicha Casa, y como continuación de la misma, se pueda recorrer el subsuelo sin detrimento de la urbanización de la superficie de la plaza.

Antes de abandonar los trabajos de excavación de la plaza, pensamos que podía ser de algún interés practicar catas profundas hasta cerciorarnos de haber llegado a un nivel de terreno virgen. Se escogió para esto el sector más próximo a la Casa Padellás, entre los cimientos de la columna del templo de Augusto y los de una fuente isabelina ya entonces desaparecida de la plaza. Se llegó a una profundidad de 6'50 m. bajo el nivel de la plaza. El fondo de la trinchera era roca viva; encima se halló una capa de 0'60 m. de tierra roja, totalmente estéril; otra capa de 0'63 m. de tierra negruzca dió algunos fragmentos de jaspe sin forma precisa, procedente, tal vez, de Montjuich, donde abunda, semejantes a las esquirlas sobrantes de un taller de utensilios de piedra. Hay que recordar que las puntas de flecha prehistóricas halladas en la montaña de Montserrat son de jaspe de Montjuich. Al mismo



Fig. 29. — Pavimentos superpuestos, empedrados, columnas y depósitos.



Fig. 30. — Fustes de columnas todavía en pie ; parecen indicar la existencia de cobertizo relacionado con los depósitos gemelos.



Fig. 31. — Fragmentos de columnas descubiertos en la vecindad de los depósitos gemelos. En el fuste mantenido en pie se ven huellas de roces persistentes.



Fig. 32. — Columna asentada encima del pavimento de una de las habitaciones.

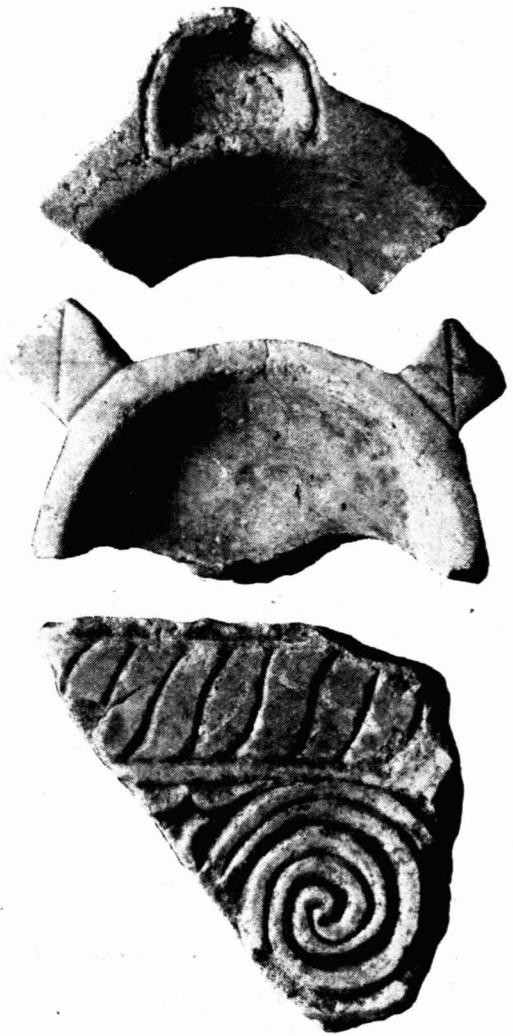


Fig. 33. — Fragmentos de mármol labrado.

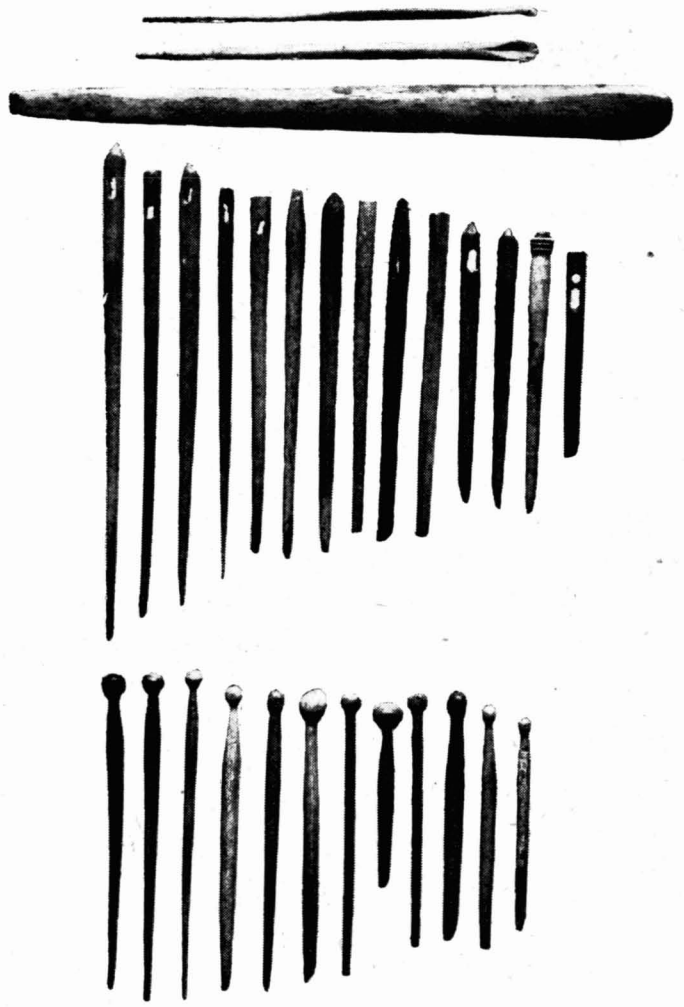


Fig. 34. — Pasadores y alfileres de hueso hallados principalmente junto a la piscina.



Fig. 35. — Vaso de cerámica *sigillata* aparecido junto a los cimientos de la muralla en su parte interior, en el nivel del primer pavimento de la calle.

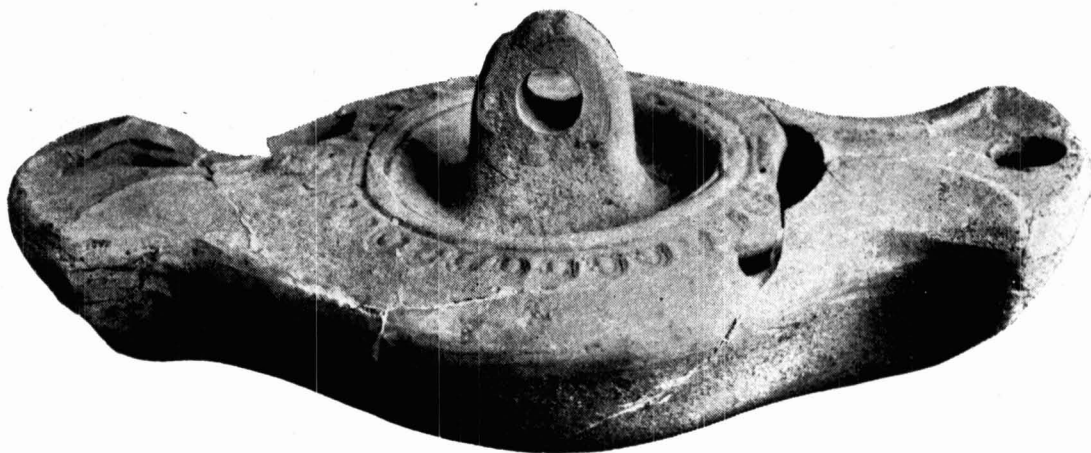


Fig. 26. — Lucerna de dos mecheros.



Fig. 37. — Fragmentos de lucernas de tipo pagano.

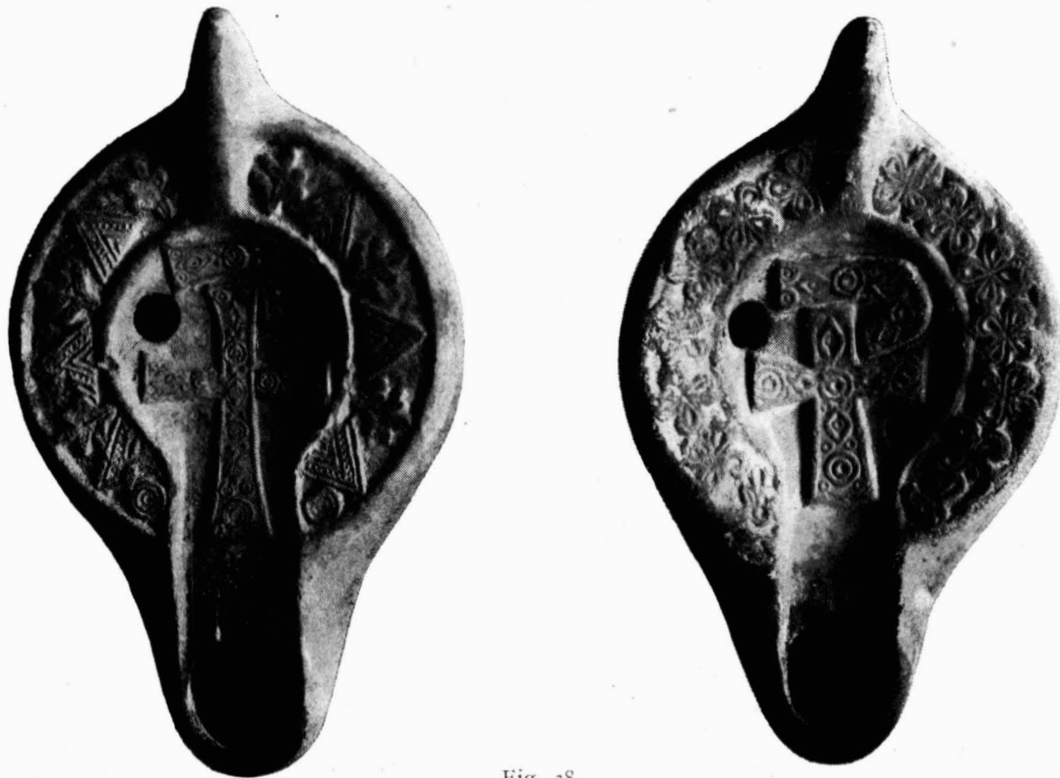


Fig. 38

Dos lucernas con símbolos cristianos (ligeramente restauradas).



Fig. 39. — Algunas de las lucernas aparecidas en las excavaciones de la Plaza del Rey.



Fig. 40. — Fragmentos de cerámica estampillada, uno de ellos con parte de una cruz y una paloma.

tiempo, y como corroboración de lo dicho, apareció un pequeño fragmento de cerámica, probablemente neolítico.

Sobrepuesto a este nivel, vienen otros 0'27 m. de arena marítima, y luego 0'75 de tierra removida, con algún fragmento de cerámica ibérica pintada, del siglo III a. de J. C. En esta tierra se abrieron los cimientos de las paredes de época romana.

NOTA DE HALLAZGOS

Ya hemos dicho que las sucesivas construcciones que se han ido levantando en la Plaza del Rey y en sus alrededores, y la remoción que para las primitivas ruinas romanas supuso la existencia de una necrópolis cristiana, aparte de otras causas, explican el hecho de no haberse hallado piezas importantes en el curso de las excavaciones, ni aun fragmentos considerables de esculturas o cerámica. Además de las inscripciones ya señaladas, fueron hallados algunos fragmentos de molduras en piedra y en mármol, parte de una losa de piedra, con un pie calzado, muy tosco, algunas piezas de molinos de mano, muelas discoidales de basalto, y fragmentos de morteros de mármol, así como alguna placa marmórea con relieve plano de época muy baja (fig. 33).

El vaso mejor conservado de entre los fragmentos recogidos es un cuenco de cerámica *sigillata*, probablemente de la Galia, que comprende algo más de la mitad de la pieza. Apareció en la calle de la ciudad romana, junto a la muralla y en el nivel correspondiente al primitivo pavimento de la calle (fig. 35).

La fig. 41 reproduce todas las estampillas observadas en fragmentos de cerámica *sigillata*. En la fig. 42 se han agrupado las marcas de alfa-



Fig. 41. Estampillas copiadas de fragmentos de vasos de cerámica sigillata. Tamaño natural.



Fig. 42. Estampillas de lucernas o fragmentos de ellas, procedentes de las excavaciones de la Plaza del Rey. Tamaño natural.

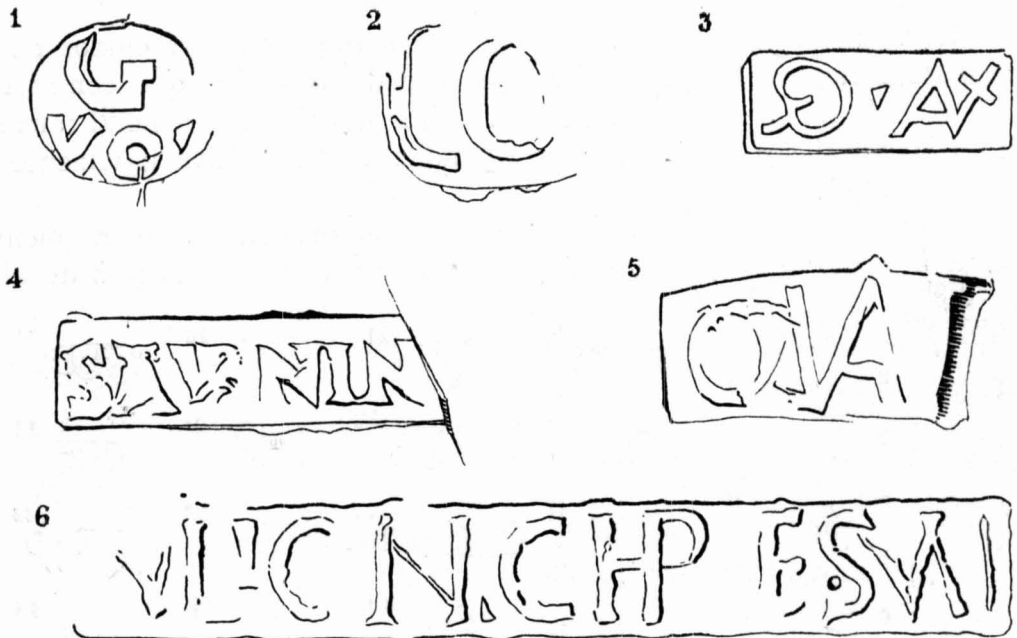


Fig. 43. Estampillas de ánforas y dolia. Tamaño natural.

tero descubiertas en fragmentos de lucernas y en la 43 las que aparecieron en ánforas y *dolia*. Ninguna de las *tegulae* de la necrópolis cristiana tiene señal especial fuera de las impresiones digitales formando las líneas paralelas que suelen verse corrientemente.

Entre la cerámica con señales cristianas destacan especialmente dos lucernas con el crismón y otros símbolos (fig. 38) y algunos fragmentos de otras, todas ellas de procedencia, al parecer, africana. Además, un fragmento de plato que tiene estampillada parte de una cruz y una paloma a un lado, en correspondencia, tal vez, con otra que le haría frente al otro lado de la cruz (fig. 40).

Es notable un fondo de vaso de cristal con el crismón grabado.

Entre los objetos de bronce, además del broche discoidal y del anillo sigilar ya descritos, se obtuvieron un asidor de jarro en forma de busto de mujer y otro en forma de cabeza de león, cadenas, botones, etc. Monedas las hay desde el siglo I al IV, más concretamente, desde Vespasiano a Teodosio, y fueron halladas mezcladas con las tierras.

VALORACIÓN URBANA DE LOS VESTIGIOS ROMANOS

Barcelona posee tres sectores de la muralla romana puestos al descubierto constituyendo otros tantos elementos de la urbanización monumental de la ciudad: las torres de la antigua puerta de la Plaza Nueva, la muralla con cinco de sus torres en la Plaza de Berenguer el Grande, y la muralla también con sus torres en la calle que antes se llamó de Basea, y que ahora, desde el descubrimiento del muro antiguo, tomó el nombre de calle de la Muralla Romana. El sector de la Plaza Nueva ha estado siempre visible; el tercero no ha recibido todavía los beneficios de una restauración adecuada. El sector en que el municipio ha dedicado atención preferente es el de la Plaza de Berenguer el Grande, que, además, por su vecindad con la Vía Layetana, resulta el de mejor visualidad y el que presenta más claramente el contraste entre la ciudad antigua y la moderna.

La muralla quedó al descubierto cuando para urbanizar la Vía Layetana fueron derribadas la mayor parte de las casas de la calle de la Tapinería, y entre ellas las que estaban pegadas al muro romano y que a sus expensas iban ganando espacio.

Formada la Plaza de Berenguer el Grande, la construcción romana puede contemplarse libre de estorbos desde la moderna Vía Layetana. Libre de estorbos, pero no escueta y aislada de otras construcciones, sino formando con la iglesia de Santa Águeda un conjunto monumental no exento

de grandiosidad. En las figs. 44 y 45 aparece este conjunto en toda su complejidad.

La torre de la muralla que se presenta mejor definida es la que sirve de apoyo al campanario de la Real Capilla de Santa Agueda. Por encima del cubo macizo de la parte inferior corre una cornisa, reconstruída ahora a base de algunos elementos que se conservaban en su sitio, y se elevan los dos pisos con ventanas de arco de medio punto, terminación constante de las torres en la muralla de Barcelona. La primitiva disposición de los huecos se ha complicado aquí con la aparición de otras ventanas de corte ojival que se abrieron en el siglo XIV para iluminar la sacristía y la escalera que asciende al campanario.

La Real Capilla se edificó sobre tres de las torres de la muralla y los dos lienzos de muro correspondientes. Como la anchura de la muralla era escasa, por la parte de la Plaza del Rey se amplió el espacio, levantando una nueva pared de fachada, paralela a la muralla y cimentada por medio de arcos, cuyos pies perforan todo el grueso de las tierras superpuestas. En la parte externa, el espacio fué ganado construyendo dos bóvedas para unir las tres torres de la muralla, con lo cual se ganó tanto ancho como daba el relieve de las torres, a lo largo de toda la capilla. Cuando después se quiso construir una capilla lateral, junto al presbiterio, hubo necesidad de levantar dos fuertes pies derechos en la calle de la Tapinería, enfrente de una de las torres, uniéndolos por medio de una nueva bóveda, y aun después se le añadió un pequeño cuerpo voladizo que corresponde al fondo de la nueva capilla.

Algo parecido sucedió cuando se quiso ampliar el paso del presbiterio a la sacristía y cuando se abrió otra capilla al pie de la iglesia para que sirviera de capilla bautismal.

Los dos pies derechos que sostienen la bóveda encima de la que fué edificada la capilla lateral mayor, quedaban visibles en la calle de la Tapinería y estuvieron decorados con los escudos del rey y de la reina, todo lo cual indujo a creer que aquel espacio había sido antigua puerta que desde la Plaza del Rey conducía al exterior de la ciudad atravesando la vieja muralla. Y en la búsqueda de la supuesta puerta se perdió una parte de los vestigios romanos y cristianos de la Plaza del Rey.

Además de las tres torres de la muralla que quedan embebidas en la base de la iglesia de Santa Agueda, otras dos torres se destacan al pie del edificio del Museo de la Historia, de Barcelona. Para hacerse perfecta cuenta de la situación que pudo tener este sector de la muralla, damos en la fig. 10 una restauración ideal de ella en la que aparecen los cinco cubos de las torres proyectándose hacia afuera y sosteniendo cada una los dos pisos superiores, cuya existencia se comprueba, además, en las que se conservan

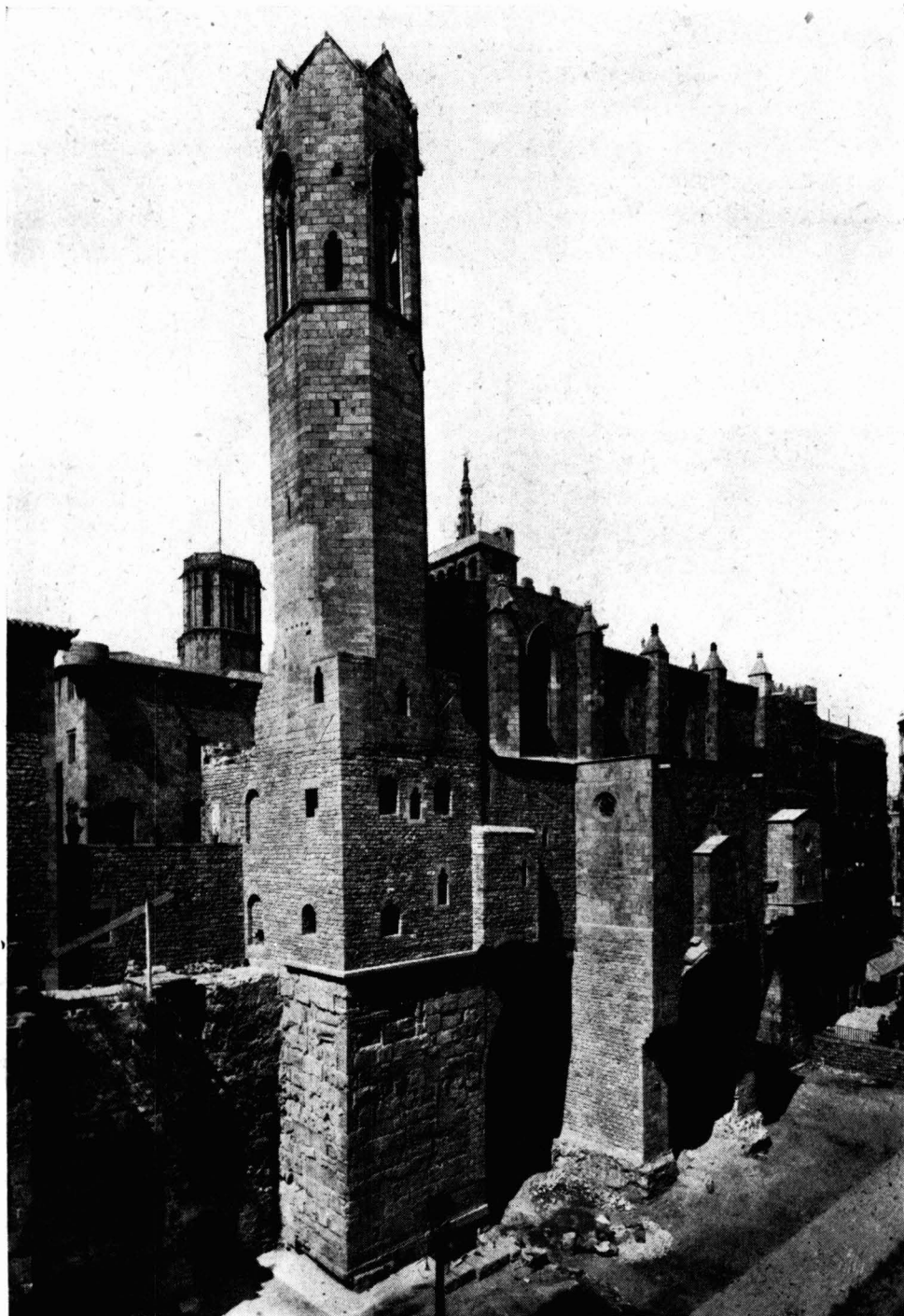


Fig. 44. — Conjunto monumental de muralla romana de Barcelona, con la torre campanario de Santa Agueda en primer término.

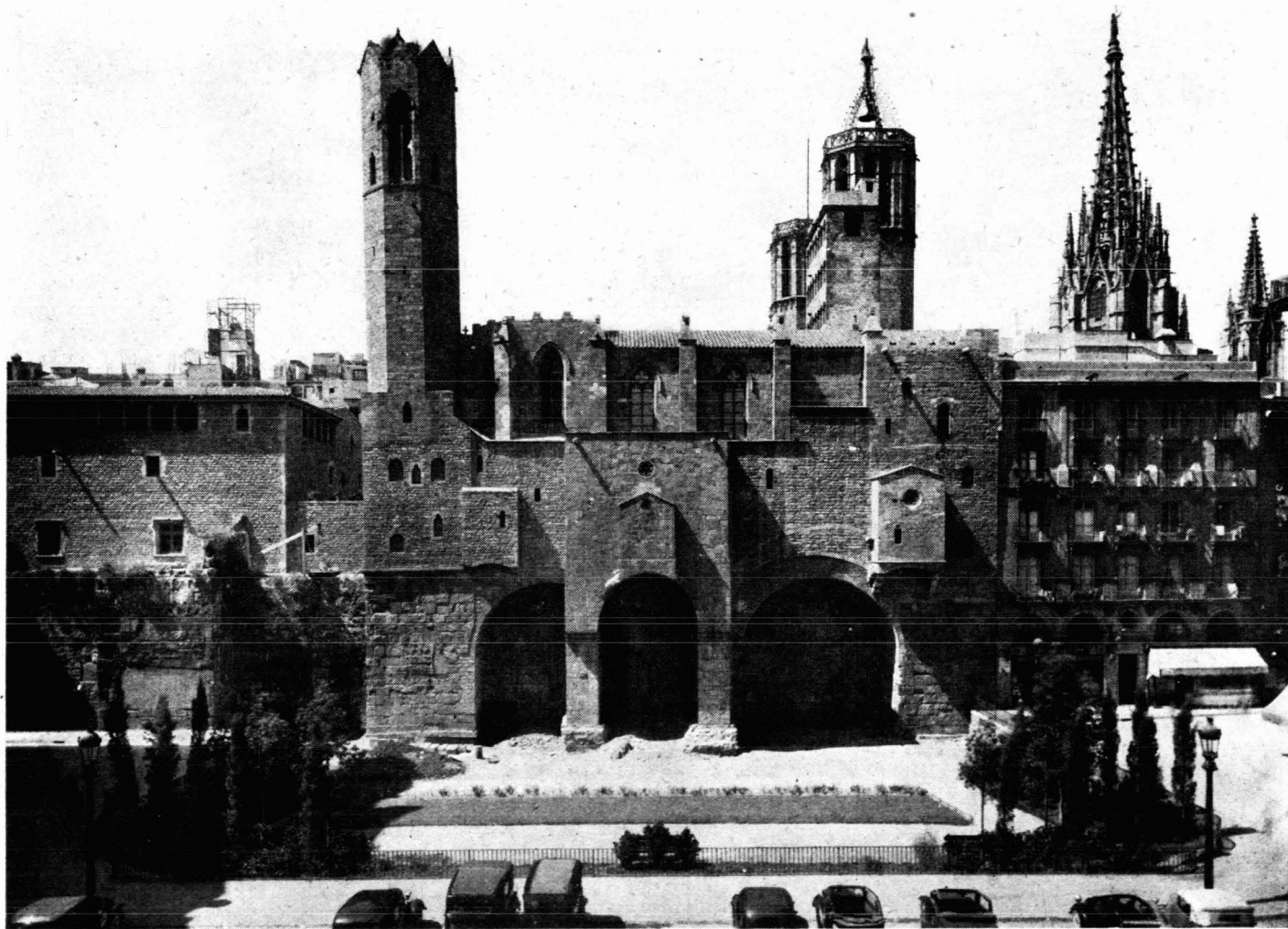


Fig. 45. — Conjunto monumental de la muralla en la Plaza de Berenguer el Grande. A la izquierda, el Museo de la Historia, de Barcelona. En último término, el Mirador del Palacio de los Virreyes y las torres y cimborio de la Catedral.

en el convento de San Felipe Neri, en el Palacio Episcopal, en la Casa del Arcediano, en la de la Academia de Buenas Letras y aun en otras torres menos conocidas.

Las almenas del paso alto que sirve de unión entre las torres se han puesto a imitación de las que se ven en representaciones de ciudades que aparecen en relieves y mosaicos. Las torres debieron tener cubierta superior, ya en forma de azotea como las del dibujo, ya con tejado, o tal vez con los dos sistemas a la vez y sin gran uniformidad, como obra militar que era, y como tal poco sujeta a leyes de simetría y de monumentalidad.